



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2011

Elena Poniatowska

Leonora



Elena Poniatowska.
Leonora.

1era. ed. Barcelona:
Seix Barral. 512 págs.
Premio Biblioteca Breve 2011.

Una vida puede ser un viaje. La de Leonora Carrington en manos de Elena Poniatowska es una aventura que nos atrapa de principio a fin. Desde la potranca que sus padres intentan gobernar en una mansión inglesa que le queda pequeña, pasando por los institutos de monjas, las escuelas de arte y la vida bohemia parisina, hasta el manicomio y luego el encuentro con México, país donde pasaría el resto de sus días.

Nos enteramos gracias a esta novela biográfica que Leonora Carrington tiene origen irlandés, que su padre es muy acaudalado y que su madre tiene algo de fortuna propia para auxiliar a la hija cuando es castigada por desobediente y se le corta la fuente de ingresos paterna. Que en Europa pudo estudiar, aprender y enamorarse, pero también sufrir algunos avatares de la guerra, enloquecer, separarse, casarse y huir.

El pasaje por París es de los más interesantes para quienes puedan sentir curiosidad por las celebridades de la historia del arte moderno. Enterarnos de episodios de la vida de grandes artistas como

André Bretón, Salvador Dalí o Antonin Artaud, saber cómo eran las reuniones y peculiaridades del movimiento surrealista a través de la experiencia directa e informal de Leonora, me resultó especialmente fascinante.

Su relación con Max Ernst, artista alemán cuya obra es de una riqueza extraordinaria, resulta un momento crucial de la historia. En parte por su influencia sobre Leonora como artista y el cómo ella lo sigue recordando muchos años después. También por la forma en que se vivió ese amor, por toda la tensión generada alrededor del conflicto con la esposa del pintor, quien no se conforma con ese romance ni es fácil de sacar de escena.

Se trata de una narración sin juicio: Leonora puede ser muy trasgresora e impulsiva, pero ante todo es presentada como un espíritu libre, de una vitalidad abrumadora. Cerca de un mundo que la mayoría dejamos atrás con la infancia. Ella no renuncia a él, mantiene una conexión viva con los sueños, la fantasía y lo mágico. Quizá de ahí su relación especial con los animales, seres irracionales.

A Leonora le gusta escuchar el sonido de los cascos de caballos sobre el empedrado y ver cómo los amarran a un aro empotrado en el muro. Cuando Trudy le cuenta de un corcel hechizado, ella quiere verlo.

En el extremo de un potrero, un caballo respinga bajo los fuetazos de su dueño.

Ante la sorpresa de todos, Leonora se acerca, estira el brazo, el caballo baja la cabeza y ella pone su mano con la palma extendida sobre los ojos del animal que de inmediato se calma.

- ¿Cómo hiciste eso?

- Le hablé en caballo. Yo hablo caballo.



Leonora Carrington
Foto: Lee Miller,
1939

La afinidad de Leonora por los caballos se mantiene, desde la infancia hasta la vejez. También vuelve ya anciana a Lewis Carrol de Alicia en el país de las maravillas, afirmando que ningún autor la marcó más que éste. Parece que siempre se vio rodeada de sin sentido, y logró navegar en él victoriosa, con la victoria de su libertad.

Victoria es una palabra fuerte, pero es que realmente se trató de una guerra la de Leonora, y su libertad estuvo amenazada muchas veces. El episodio más dramático para mi experiencia personal como lectora fue el de su paso por el manicomio. Ella enloquece de verdad, la angustia la lleva a confundir realidad y fantasía, pierde las proporciones, mete la política estatal en lo privado, urde tramas absurdas. Es conmovedor y perturbador a la vez, pero la forma en que eso es manejado por quienes la rodean llega a ser incluso peor que eso, aterradora. Nos hace preguntarnos por los abusos de poder que cometemos quienes nos creemos sanos contra aquellos que osan salirse de los rieles.

Su pasaje por la locura no le resta fuerza al personaje contado por Poniatowska, quien no la desestima por ello. Al contrario, parece que la autora ha sucumbido al encanto de su personaje y por eso es capaz de transmitirlo. Al leerla, entiendo la irracionalidad de Leonora como algo inherente a su naturaleza. La mitología celta de sus orígenes, a través de los relatos de su “Nanny”, el surrealismo parisino, y finalmente el realismo mágico mexicano sirvieron de influencia y contención para la expresión de un alma verdaderamente singular. Habría sido triste perder a esta artista por intentar “corregirla”. Afortunadamente para ella y para nosotros, nadie fue capaz de lograrlo y tuvo una larga vida, hasta los 92 años fue ella siempre fiel a sí misma.

Esto es especialmente notable cuando recordamos que estamos hablando de una mujer de la primera mitad del siglo veinte. Su vida puede ser un testimonio de la liberación femenina. Desde niña exigió saber por qué se la trataba distinto a sus hermanos varones. Destinada por su familia y la sociedad a casarse con algún inglés acaudalado y mantenerse cerca del imperio paterno, Leonora se niega a aceptar lo impuesto, ella da coces y vuela, se eleva por encima de las formas y marcos que pretenden encerrarla. Primero del hogar, pero luego será de las escuelas y de otros grupos y cánones. No se calla ante las injusticias políticas, no acepta lineamientos a ciegas, así experimenta en el arte desde su propio sentir, explorando diversos medios y técnicas.

En México también había élites de artistas, cofradías, movimientos que podían ser de ruptura en un momento y a veces de poder y exclusión. La suya fue una época de vanguardias, en Europa y



Leonora Carrington y sus esculturas /Imagen tomada de: www.eluniversalqueretaro.mx

también en Latinoamérica. Ella se relacionó con muchos personajes célebres. Le resultó encantadora a Diego Rivera, enamoró a Claude Levi Strauss, se hizo amiga de Octavio Paz.

Su amistad con la artista española Remedios Varo quizá fue la más significativa.

Desde que te encontré soy más Leonora. Antes, no sé lo que era yo. Ahora mis perros ladran, mi gata maúlla; antes no me dirigían la palabra, le dice Leonora a Remedio. Con esta amiga encuentra un alma afín y juntas experimentan, exploran, leen, conversan, comparten, preparan manjares. Se cuentan sus sueños. Van a las curanderas, se interesan por la brujería, por la alquimia. Leonora hace su propio juego de tarot con hilos de oro y plata que es una belleza.

Para quien no conoce la obra de Leonora como artista visual, esta novela es un incentivo a buscarla y encontrarse con su mundo maravilloso. Trabajó la pintura, el grabado y la escultura, también algo de arte textil y escenografía teatral. Predominan los animales y seres fantásticos, lo esotérico y místico. Después de leer este libro de Poniatowska, conseguí una novela de Leonora llamada *La trompetilla acústica* que me pareció una mirada divertida a la vejez y quizá una muestra de lo que sienten las personas recluidas o catalogadas de enfermas mentales. Es un poco extraño, con unos toques de surrealismo que sorprenden. Me gustó leerlo porque sentí que pude ver un poco del mundo interior de Leonora.

La novela de Elena Poniatowska no es una mirada adentro, introspectiva. Es más bien una novela de acción, un relato de aventuras. Creo que admira el ímpetu de Leonora y la ve también como una yegua indomable, la mira como quien ve correr o ve volar a un ser fantástico por sus memorias y se fascina con ellas. Poniatowska es periodista y sabe lo que es tener ante sí un personaje que vale la pena retratar y lo hace. Tiene muchos reconocimientos en su haber, incluyendo el Premio Cervantes en 2013, y se ha hecho célebre por contar cosas motivada por la convicción de que se trata de algo que el público debe saber. Desde la masacre de estudiantes, la pobreza y opresión social, conflictos obreros, se ha conocido como una autora comprometida.

Qué alegría que haya sentido que el público tenía que conocer la vida de Leonora. Agradezco que me la haya presentado.

Cierro con unas palabras de la autora sobre su personaje, que se nos vuelve tan querido al leerla como evidentemente lo es para ella:

Ver a Leonora ha sido siempre un privilegio y una alegría. Es una mujer que embruja. Dicen que es blanca, negra y roja; lo cierto es que Leonora hace magia con todos los colores y es la hechicera más bella que ha llegado a nuestros días. La quemaron tres veces los inquisidores de Inglaterra, Francia y España. Pero ella salió cada vez más limpia del fuego hasta convertirse en una delgada varilla de metal precioso. Porque ella es la pintora que más se parece a sus pinceles. Y hay quien dice que pinta con las pestañas.

Me considero afortunada por estar cerca de un ser humano y una artista que me hace querer habitar su mundo porque lo vislumbré en la infancia, aunque se me haya perdido en el camino.

Elena Poniatowska

Fania Castillo
Grupo de investigación Bordes